

Rubén Darío

Fábula del patriarca y la liebre

Alberto Paredes

En el sesquicentenario del natalicio de Rubén Darío, el Fondo de Cultura Económica ha publicado un volumen inesperado: la reaparición de los quince cuentos juveniles previos o contemporáneos a Azul... y que el autor no incluyó en él. La investigación, estudio y edición de Rubén Darío: Retrato del poeta como joven cuentista estuvieron al cuidado de Alberto Paredes.

Para Adolfo Castañón, generoso y dariano amigo.

Rubén Darío, como la mayoría de los maestros modernistas, fue un gran poeta pero no sólo eso; la suya es una pluma polígrafa en la mayor extensión posible para un escritor de su tiempo. Renovador del verso y de la noción de poema, ciertamente, y también importante autor en diversos géneros en prosa: crónica, crítica literaria y de artes, semblanzas y reseñas sobre diversos autores; y también memorialista y narrador de ficción. Nunca publicó un solo título presentándose exclusivamente como cuentista. Y nunca tampoco dejó de escribir cuentos, desde su tierna juventud (el primero se titula justamente “Primera impresión” y contaba con apenas 14 años) hasta el final de su vida.

Azul... (1888 y 1890) es el volumen sagazmente misceláneo al que debe el inicio de su consagración irreversible. Catorce “cuentos en prosa”, como él los rotula, anteceden a la sección en verso; el breve volumen mos-

traba cómo y cuánto era capaz, este tan joven autor, de apropiarse de usos y recursos viejos y nuevos, castizos y franceses. Con *Azul...* Félix Rubén es ya Darío. El libro *Rubén Darío: Retrato del poeta como joven cuentista*, estudio y edición: Alberto Paredes; prólogo: Alfonso García Morales, Fondo de Cultura Económica (Tierra firme, ISBN 978-607-16-4062-8) empezó a circular en noviembre de 2016. Le rinde un homenaje necesario: presentar y estudiar de manera conjunta los otros quince cuentos que a la fecha había publicado en periódicos centroamericanos y chilenos, pero que nunca recogió en libro. Una novedad de este libro construido/reconstruido es cotejar por primera vez las ediciones póstumas por las que conocemos esos cuentos (Mejía Sánchez: *Cuentos completos*, FCE, 1950, complementado por numerosos rescates posteriores gracias a estudiosos como Julio Valle-Castillo, Jorge Eduardo Arellano y José Jirón Terán) con

las verdaderas primeras ediciones de esos pequeños relatos, es decir las realizadas en vida de Darío en distintos periódicos de la época.

Ofrecemos aquí una joyita leve y sonriente. Consignemos que apareció originalmente en *La Libertad Electoral*, Santiago de Chile, 3 de septiembre de 1888 (número 769). Darío tenía 21 años y era ávido lector de la *Biblia*, de sus Biblias, pues dejó trazas de estar familiarizado con diversas ediciones reputadas. Gocemos pues esta fresca sonrisa en forma de fábula que Darío se inventó, para nuestro beneficio, extrayéndola del Pentateuco. Hemos eliminado las notas en que se señalan variantes textuales con Mejía Sánchez y posteriores editores, dejando tan sólo el aparato informativo que mostrará las entretelas de su confección. Mantenemos dos notas de Mejía Sánchez.

Hebraico

Aquel día el viejo Moisés, estando solo en su tienda, todavía con el sagrado temblor que ponía en sus nervios la visión de Dios —pues acababa de recibir de Jehová una de tantas leyes del gran Levítico—, sintió una voccecita extraña que le llamaba de afuera.

—Entrad —respondió.

Acto continuo, saltó dentro una liebre.

La pobrecita venía cansada, echando el bofe, pues a carrera abierta había comenzado su caminata desde las faldas del Sinaí, hasta el lugar en que residía el legislador.

—¿Moisés?

—Servidor...

Con mucho interés, como una liebre que estuviese comprometida en asuntos graves, comenzó:

—Señor, ha llegado a mis orejas que acabáis de promulgar la ley que declara a ciertos animales puros y a otros impuros. Los primeros pueden ser comidos impunemente, los segundos tienen para ellos una gracia especial, por la cual no pueden ser trabajados para el humano estómago. Interesada en la cuestión, espero vuestra palabra.

Y Moisés:

—No tengo inconveniente. Aarón, mi hermano, y yo hemos oído de la divina boca la ley nueva. Sígueme.

A las puertas del templo estaba Aarón recién consagrado pontífice, bello y soberbio como un rey del tabernáculo.

La luz hacía brillar la pompa santa, y el sacerdote ostentaba su túnica de jacinto, su ephod¹ de oro, jacinto y púrpura, lino y grana reteñida, y su luciente y ceñido cinturón.

Las piedras del racional² se descomponían en iris trémulos; las piedras bíblicas, el sordio, el topacio, la verde esmeralda, el jaspe, el zafiro azul y poético, el carbun-

¹ Esta prenda ritual hebrea se utilizó antiguamente en las prácticas oraculares; en latín se denomina *superhumeral*; el vocablo podrá derivarse de un verbo con el sentido de cubrir. Sólo puede ser de lino. Los libros *Éxodo* y *Levítico* se ocupan de él. Dado que la religión judía dejó de utilizarlo, carecemos de una descripción exacta; como quiera que sea, es prenda oracular y de gran solemnidad divina.

² *racional*: "Ornamento que llevaba sobre el pecho el sumo sacerdote de los judíos, que consistía en un paño tejido de oro, púrpura y lino finísimo, con doce piedras preciosas representantes de las doce tribus, en el centro, y cuatro círculos en las cuatro esquinas. 1 Pectoral". (María Moliner) Saquemos en claro: el joven Darío tenía no poca familiaridad con la religión hebraica.



clo, sol en miniatura, el ligurio, el ágata, la amatista, el crisólito, el ónix y el berilo. Doce piedras, doce tribus. Y Aarón, con ese bello traje, hacía sus sacrificios siempre. ¡Qué hermosura!

Oyó de labios de Moisés la petición de la liebre, y con una buena risa accedió así:

—Sabed —dijo— que el mandamiento del Señor es:

“Los hijos de Israel deben comer estos animales: los que tienen la pezuña hendida y rumian.

“Los que rumian y no tienen pezuña hendida, son inmundos, no deben comerse.

“El querogrilo³ es inmundo.

“Y la liebre (*aquí la liebre dio un salto*). Porque también rumia y no tiene hendida la pezuña.

“Y el puerco, por lo contrario.

“Lo que tiene aletas y escamas, así en el mar como en los ríos, se comerá.

“Esto en cuanto a los peces.

³ *querogrilo*: corresponde al orden *Hyracoidea*; “escondido”; en efecto roedor que el Levítico declara no kosher. En hebreo se llama “*shaphan*”. Lo curioso es que la voz “querogrilo” comparece en portugués más que en español.

“De las aves, no se comerá ni el águila ni el grifo, ni el esmerejón. Lo propio el milano y el buitre y el cuervo y el avestruz y la lechuza y el loro.⁴ Nada de gavilanes. Nada de somormujos y de ibis y cisnes.

“Tampoco se comerá el onocrótalo, ni el calamón, el herodión y el caradión y la abubilla y el murciélago.

“Todo volátil que anda sobre cuatro patas será abominable como no tenga las piernas de atrás como el brucó, el attaco y el ofiómaco.

“Son inmundos los animales que rumian y tienen pezuña, pero no hendida; y aquellos que tienen cuatro pies y andan sobre las manos.

“Además, la comadreja, el ratón, el cocodrilo, el camaleón, la migala y el topo”.⁵

Y al concluir pronunció un “he dicho” que dio por terminado el extracto de la ley.

La liebre meditaba.

—Señores —exclamó al cabo de un rato (¡desgraciada! sin saber que se perdía y con ella a toda su raza)—, se ha cometido un crimen atroz. Un israelita, un hijo de Hon, hijo de Pheleth, hijo de Rubén, ha hecho de un hermano mío un guiso, y se lo ha comido.

Aarón y Moisés se miraron con extrañeza.

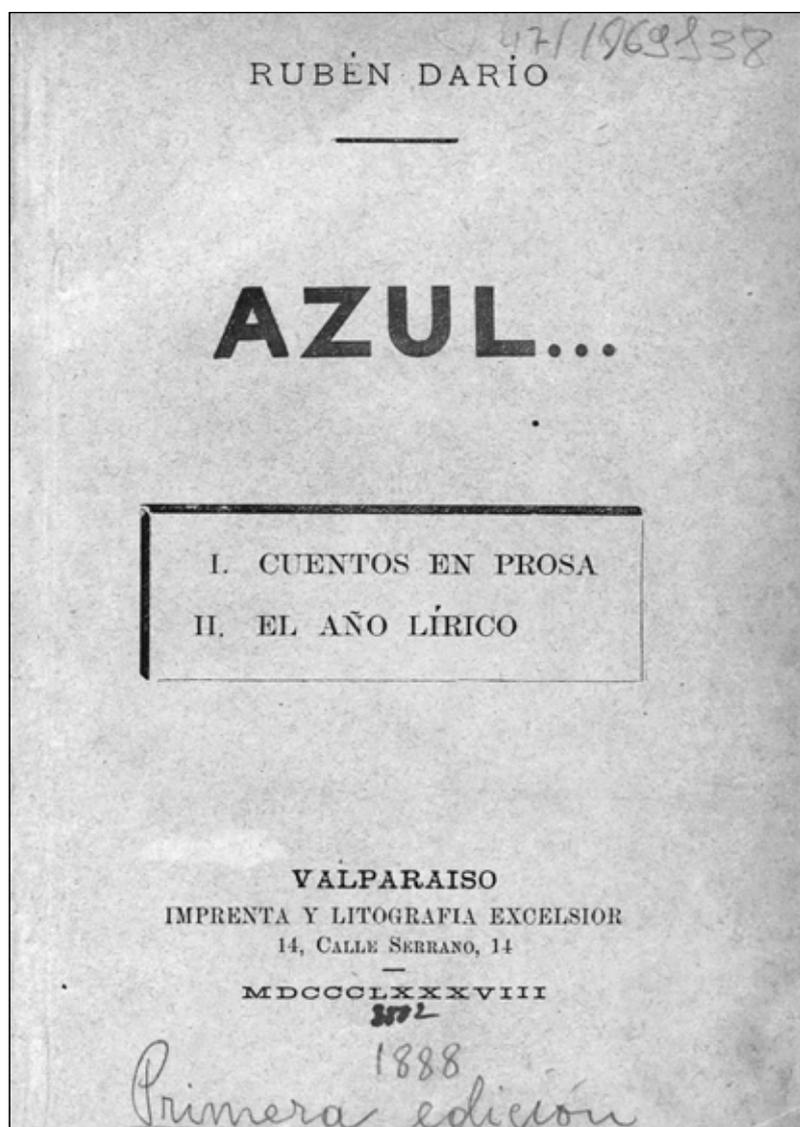
La barba blanca del gran hebreo, moviéndose de un costado a otro sobre los pechos, demostraba una verdadera exaltación en el anciano agosto. ¡Cómo! ¡Alguno de las tribus que oían por él la palabra de Dios se había atrevido, en ese propio día, a contravenir la más fresca de las leyes! ¡Cómo! ¡No valía nada que hubiese él recibido las tablas magnas del Eterno Padre, y que hubiese consagrado pontífice a su hermano Aarón! Ya verían, ya verían. Truenos se habían escuchado sobre su cabeza escultórica, relámpagos le habían surcado la frente, y ahora ¿qué? ¡Conque un israelita!

Muy bien.

Presto, presto, se buscó al culpable. Se le encontró. Venía hasta con restos del cuerpo del delito. Como quien dice, con cazuela y todo. El cacharro humeaba mantecoso y despidiendo un rico olor de fritanga, ni más ni

⁴ Tres especies en particular son conflictivas: *loro* (que no *laro*, en EMS y otros), *berodión* y *altaco*. Ver la opinión de EMS aquí mismo, n. 5.

⁵ NOTA DE ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ (condensada): Darío arregla a su gusto las prohibiciones del Levítico, capítulo XI, y del *Deuteronomio*, capítulo XIV, utilizando la versión española de Scío de San Miguel, si bien moderniza las grafías de los nombres de animales. Todos los que Darío aprovecha aparecen en el mismo orden en el texto de Scío. Por el contrario, el cotejo con la versión de Casiodoro de la Reina, retocada por Cipriano de Valera, y la de Torres Mat, sólo ofrece divergencias. Tres años más tarde, en *El árbol del rey David*, Darío utilizó también la versión de Scío.



menos que como *chez* Brinck, en el hotel Inglés, o donde papá Bounout.⁶ El resto de la liebre estaba ahí.

La liebre viva miraba con sus redondos ojos espantados a los dos hermanos. Aarón interrogaba al acusado, Moisés examinaba en tanto el guiso, verdaderamente digno de aquel antecesor de Lúculo y de los Dumas.⁷

El acusado se defendió, como pudo. Explicó su necesidad y disculpó su apetito, alegando ignorancia de la nueva ley.

Había que juzgarle severamente. Quizás hubiera podido ser lapidado.

Mas le salvó una circunstancia, un detalle, que la liebre acusadora contempló con horror: los dos jueces hermanos probaron el manjar cocinado por el rubenista y según cuenta el pergamino en que he leído esta historia, concluyeron por chuparse los dedos y perdonar al culpable. La consabida clase de animales fue declarada comible y sabrosa.

Pero el buen Dios, que oyó las quejas del animal acusador, se condeñó de él y le concedió un cirineo que le ayudase a sufrir su destino.

Desde aquel día de conmisericordia se da a las veces gato por liebre.

BREVE COMENTARIO FINAL

Los pastiches y glosas narrativos son un pequeño tesoro dentro de la obra dariana. La gracia está en meter a los personajes históricos en situaciones domésticas. Darío, con su buen espíritu manierista, es incapaz de sujetarse a una sola cosa cuando escribe. Divertimiento sobre el Antiguo Testamento y fábula del patriarca y la liebre. Supongo que a Augusto Monterroso le habrá gustado. Si imaginamos al colaborador literario del fin del siglo XIX como alguien afín al pintor rena-

⁶ NOTA DE ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ (condensada): Restaurantes famosos de Santiago y Valparaíso de la época en que Darío residió en Chile. En la autobiográfica *Historia de un sobretodo*, incluida en este volumen, Darío recuerda que cenó “*chez Brinck*, donde los pilares del café parecen gigantescas salchichas, y donde el mostrador se asemeja a una joya de plata”.

⁷ Cuando Lucius Licinius Lucullus (115-57 a.C.) se retiró de la vida pública romana, su fasto fue proverbial, incluso escandaloso; sus banquetes eran legendarios. Plutarco ha inmortalizado una anécdota: cierta noche reprimió severamente a su cocinero por no servirle nada especial sino sólo viandas sencillas; el argumento del cocinero era que esa noche no se habían previsto invitados a la mesa. Respuesta: “Hoy Lúculo cena en casa de Lúculo”. En sus jardines se construyó la Villa Médicis.



Rubén Darío

centista por encargo, nuestro joven maestro encontró un angulito poco explotado por sus colegas y rivales, y como su patrón era de espíritu liberal y mente abierta, al tiempo que ejecutó su óleo sobre Moisés, hizo saltar a la liebre dentro de la tela, mezclando así los géneros.

Partiendo de ese pie, el lector está avisado que leerá una broma literaria. Broma refrescante: Moisés es tratado como lo que era: “el legislador”. Un dignatario de ocupaciones trascendentales, pero no exento de buen humor ni aislado de sus gobernados. Inicia así el diálogo absolutamente anacrónico y a contra tono fuera de la solemnidad usual: “—¿Moisés?”. “—Servidor...”.

Que algún realizador filmico lo ponga en cine de animación y fluirá de lo mejor en pantalla. La mezcla de fábula zoológica con el Antiguo Testamento más el tono chabacano que habla de cazuelas y fritangas, que conduce tranquilamente a la mención de restaurantes de postín de Santiago y Valparaíso, puede provocar desdén en algunos lectores y en otros una sonrisa de complacencia e incluso de respeto por la agilidad de esta broma libresca.

En “Hebraico” se logra el juguete ambidiestro que es la caricatura bíblica aunada a la fábula zoológica. Y la pincelada final riza el rizo enlazando la fábula bíblico-zoológica con un género más: la broma paremiológica. Con lo que todos quedaremos contentos (menos el minino, cirineo forzado). **u**